

á mí, me he puesto muy encarnado, lo que me hace estar en armonía con las fachadas de ladrillo y el pelo de los habitantes.

Me figuro que esta carta llegará al propio tiempo que tu padre. Abrázale de mi parte. Estaré mucho más tranquilo cuando sepa que está con vosotros. Y escíbeme largo y tendido.

IV

BRUSELAS

Bruselas, 17 de agosto, á las 8 de la noche.

Adorada esposa, estoy deslumbrado aun de Bruselas, ó, por mejor decir, de dos cosas que he visto en Bruselas: el palacio municipal con su plaza, y Santa Gudula.

Las vidrieras de Santa Gudula están hechas de un modo casi desconocido en Francia, verdaderas pinturas, verdaderos cuadros en vidrio de maravilloso estilo, con figuras como de Ticiano y arquitecturas como de Pablo Veronés.

El púlpito de madera esculpida de Enrique Verbruggen que hay en la iglesia data del 1699. Es la creación entera, toda la filosofía, toda la poesía figuradas por un enorme árbol que sostiene entre sus ramas un púlpito, en sus follajes un mundo de pájaros y de animales, en su base, á Adán y Eva arrojados por el entristecido ángel y seguidos por la regocijada muerte y separados por la cola de la serpiente, en su cúspide la cruz, la Verdad, el niño Jesús, y bajo el pie del niño la cabeza aplastada de la serpiente. Todo este poema está esculpido y tallado en la encina del modo más firme, más tierno y más espiritual. El

conjunto es prodigiosamente barroco y prodigiosamente hermoso. Los fanáticos de lo *severo* arreglen esto como les acomode, pero es así. Aquel púlpito es en el arte uno de esos raros puntos de intersección en que la belleza y el barroquismo se encuentran. Watteau y Coypel han encontrado también alguna vez aquellos puntos.

Yo había visto en Mons una iglesia belga, realmente muy bella y del siglo xiv, Santa Waudru. El interior de esas iglesias da vergüenza á nuestras catedrales. Hay por todas partes un lujo, un cuidado, un celo, una limpieza, un decorado exquisito de las capillas, un espléndido atavío de las vírgenes, que indigna contra nuestras iglesias tan sucias, tan desnudas y tan mal conservadas. Si esos buenos belgas no embadurnaran también de vez en cuando, no habría más que admirarles. Santa Waudru, empero, no está enjabelgada; pero Santa Gudula sí.

Cuando entré en Santa Gudula eran las tres. Celebrábase el oficio de la Virgen. Una imagen, cubierta de pedrerías y vestida con una túnica de blonda de Inglaterra, resplandecía bajo un dosel de oro, en medio de la nave, á través de una luminosa humareda de incienso que se desgarraba á su alrededor. Un gran concurso de gentes oraba inmóvil entre la penumbra, y por arriba un rayo de sol hacía jugar la sombra y la luz sobre algunas grandes estatuas de *severo* además adosadas á las columnas. Los fieles parecían de piedra, las estatuas parecían vivas.

Y luego un canto admirable, en que se combinaban las voces claras, caía misteriosamente, con el rumor del órgano, desde las naves más altas perdidas entre la bruma. Yo, durante aquel tiempo, tenía los ojos vagamente fijos en el bullidor púlpito de Verbruggen, púlpito mágico que habla de continuo.— Completa el cuadro con vidrieras, ojivas y tumbas

del Renacimiento en mármol blanco y negro, y comprenderás que el conjunto producía una sensación sublime.

La casa comunal de Bruselas es una joya comparable al chapitel de Chartres; una deslumbradora fantasía de poeta salida de la cabeza de un arquitecto. Además, la plaza que la rodea es una maravilla. A parte tres ó cuatro casas que algunos modernos pedantes han desnaturalizado, no hay una fachada que no sea una fecha, una costumbre, una estrofa, una obra maestra. Hubiera deseado dibujarlas todas, una tras de otra.

He subido á los campanarios de Santa Gudula. Hermoso espectáculo. Toda la ciudad á mis pies, los techos esculpidos y llenos de volutas de Bruselas semi desvanecidos por el humo de las chimeneas, el cielo (un cielo tempestuoso) lleno de nubes doradas y rizadas hacia arriba, y cortado liso como el mármol por abajo; en el fondo un grueso y lejano nubarrón que se deshacía en lluvia, como arena fina de un saco agujereado; el sol jugando sobre todo esto; la magnífica y calada linterna de la atalaya destacándose sombría sobre los blancos vapores; y luego el rumor confuso de la ciudad que subía, y la verdura de las hermosas colinas del horizonte: era verdaderamente hermoso. Lo he admirado todo como un provinciano que soy de París, todo, hasta el albañil que golpeaba una piedra y silbaba á mi lado.

Bruselas me ha hecho olvidar á Mons, y, sin embargo, Mons valdrá la pena de que te hable de ella, pues es una ciudad muy agradable. Mas por hoy, Adela mía, ya debes tener bastantes piedras é iglesias, y me parece oírte que me estás riñendo placenteramente por mi manía. Querida esposa, no te quejes. Las iglesias me hacen pensar en ti. Salgo de ellas queriéndoo más aún á todos, si es posible.

Te abrazo junto con tu padre. Di á Didina y á Dédé, á Charlot y á *Totó* que se den un beso en mi nombre. Bebo cerveza como un alemán. La cerveza de Louvain deja un sabor dulzón que sabe á ratón podrido. Excelente.—Te abrazo.

V

MONS.—LOUVAIN.—MALINAS

Bruselas, 18 de agosto.

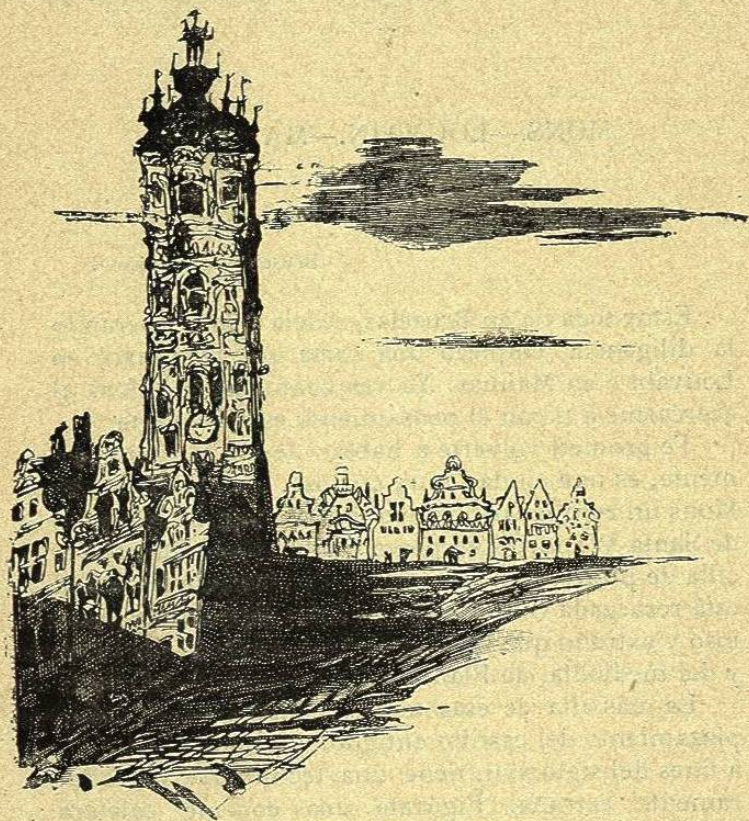
Estoy todavía en Bruselas, Adela mía. Esperando la diligencia, empiezo una carta que terminaré en Louvain ó en Malinas. Ya ves cuanta es mi dicha al acercarme á ti con el pensamiento escribiéndote.

Te prometí volverte á hablar de Mons. Efectivamente, es una ciudad muy curiosa. No hay en todo Mons un campanario gótico, pues la iglesia capitular de Santa Waudru sólo posee una insignificante torrecilla de pizarra; en desquite, la silueta de la ciudad está recargada con tres atalayas de ese gusto tormentoso y extraño que resulta aquí del choque del norte y del mediodía, de Flandes y España.

La más alta de esas torres, construída en el emplazamiento del castillo antiguo, y según me figuro, á fines del siglo xvii, tiene una techumbre verdaderamente extraña. Figúrate una enorme cafetera flanqueada encima del vientre por cuatro teteras menores. Sería una cosa fea, si no fuese grande. La magnitud la salva.

Al rededor de esa especie de campanario, imagina algunas plazas y calles irregulares, tortuosas, á menudo estrechas, bordeadas de casas de ladrillo y

pieza de puntiagudos y tallados techos del siglo xv y de fachadas barrocas del siglo xvi, y tendrás una idea de una ciudad de Flandes.



La plaza del palacio comunal de Mons es especialmente bonita. La casa de la ciudad tiene una hermosa fachada con ojivas del siglo xv, con una curiosa torre barroca, y desde la plaza divisanse, además, los otros dos campanarios.

Como tenía que partir á las tres de la madrugada, no me acosté para ver ese conjunto á la luz de la luna. Nada más singular y delicioso, bajo un hermoso cielo claro y estrellado, que aquella plaza tan bien distribuída en todos sentidos por el gusto caprichoso del siglo xv y por el genio extravagante del xviii; nada tan original como todos aquellos quiméricos edificios vistos en aquella hora fantástica.

De vez en cuanto oíase en la torre un agradable concierto de campanas (en la torre de las teteras); aquel concierto me hacía el efecto de que cantaba á esa ciudad de monos flamencos no sé qué canción china; luego se callaba y sonaba la hora gravemente. Entonces, cuando las últimas vibraciones de la hora terminaban, en el silencio apenas restablecido, un rumor extrañamente dulce y melancólico caía de lo alto de la torre mayor, y era el sonido aéreo y febril de una trompa, sólo dos suspiros. Luego volvía á empezar el descanso de la ciudad que duraba media hora. Aquella trompa, era la voz del vigilante nocturno.

Yo permanecía allí, el único que velaba con aquel hombre, con la ventana abierta ante mí, con todo aquel espectáculo, esto es, todo aquel ensueño, en los oídos y en los ojos. ¿He hecho bien en no dormir aquella noche, verdad? El mismo sueño no me habría dado imágenes más apropiadas á mi fantasía.

¡Pues bien!, aquel ensueño está fortificado. Mons es una ciudadela; y una ciudadela más fuerte que ninguna de las nuestras. Hay ocho ó diez recintos con otros tantos fosos al rededor de Mons. Al salir de la ciudad vamos culebreando más de un cuarto de hora de pasarelas en puentes levadizos, á través de las medias lunas y las contraescarpas. Los ingleses son los que pusieron esa camisa á la ciudad para el día que tuviéramos el capricho de ponérsola.

Esta Flandes es, por otra parte, hermosa: espaciosas y verdes praderas, frescos campos de lúpulo, estrechos arroyos que discurren rebosando; ora un prado lleno de vacas, ora un figón lleno de bebedores. Se viaja entre Pablo Potter y Teniers.

En cuanto á la limpieza flamenca, consiste en esto: todo el día, todas las habitantes, sirvientas y amas, ayas y niñas, están ocupadas en limpiar las habitaciones. Ahora bien; á fuerza de lejía, de jabón, de frote, de escoba, de peine, de esponja, de albayalde, de pasar y repasar, sucede que toda la mugre de las cosas lavadas pasa á las cosas vivientes, de donde se sigue que la Bélgica es el país del mundo donde las casas son más limpias y las mujeres más puercas.



Dicho sea exceptuando, se entiende, las bellas damas, con las cuales no quiero habérmelas en ningún país.

Por lo demás, esa especie de limpieza sucia da, cuando se olvida á las mujeres, resultados deliciosos. Así, gracias á las planchas de latón relucientes como el oro que los guarnecen aquí, acabo de apercibirme, por primera vez desde que existo, de que los collares de los caballos de carro tienen la forma de una lira.

Pon unas cuerdas en lugar de la cabeza del caballo, y Viennet podrá servirse de este instrumento.

A propósito de caballos, parece que en Flandes son muy malos, ó los flamencos muy prudentes; pues la operación de herrarlos se verifica, en todas las aldeas por donde he pasado, dentro un recinto solidísimo, no ya de encina, sino de granito. (Aquí tienen un granito azul muy feo que lo meten en todas las salsas.) Me ha contrariado esa moda, pues me gusta encontrar por el camino el hermoso y complicado grupo del caballo y del herrador.

A algunas leguas de Mons, anteayer vi por primera vez un ferrocarril. Iba andando por la carretera. Dos caballos, que equivalen á treinta, arrastran cinco grandes vagones de cuatro ruedas cargados de carbón mineral. Es muy feo.

Lier, 19 de agosto, á las 9 de la noche.

He pasado por Louvain, he pasado por Malinas y estoy en Lier, y prosigo la carta. Pienso con gran placer en que tu padre está contigo, Adela mía, desde ayer y que mi Didina está con su abuelito mientras espera á papá.

Estoy completamente resarcido de todas las vulgares ciudades de la Flandes francesa. Louvain, que está como situada en el fondo de una cubeta, es una deliciosa y muy completa ciudad. El palacio municipal, que es admirable, tiene la forma de una urna gigantesca. Es una joya colosal del siglo xv. Lo están pintando de amarillo gris. El palacio comunal de Mons lo está en azul gris. Para este último color tienen ese horrible granito azul que les sirve de pretexto.—Vamos armonizando, dicen.—Esos pobres ignorantes tienen la manía de embadurnar.

La iglesia mayor semiderruida de Louvain abunda en cosas bonitas. Las capillas rebosan de maravillosas pinturas y de esculturas perfectas. No son más que festones, no son más que astrágalos. Todo está dispuesto al azar, sin orden, mezclado, confundido. Estas iglesias belgas son verdaderos caos, pero caos que contienen mundos.

La catedral de Malinas está enjabelgada de cal en el interior y atestada de extraños caprichos del arte del siglo xviii. Por el contrario, el exterior es prodioso.

gioso. Su torre aterra. Subí á ella. Trescientos setenta y siete pies de altura, quinientos cincuenta y cuatro peldaños. Casi el doble de las torres de Nuestra Señora. Esa monstruosa obra quedó sin terminar. Debía ser coronada por una aguja de doscientos sesenta pies de altura, lo que la hubiera hecho exceder de más de cien pies la gran pirámide de Gizeh. Los holandeses tuvieron celos, pues una tradición del país dice que son ellos los que se llevaron á Holanda las piedras destinadas á rematar la gran torre.

En cada cara de ésta hay un cuadrante de hierro dorado de cuarenta y dos pies de diámetro. Todo ese enorme edificio está habitado por un reloj; las pesas suben, las ruedas giran, los péndulos van y vienen, las campanas cantan, hay vida, hay un alma.

El concierto se compone de treinta y ocho campanas, todas golpeadas por varios martillos, y de las seis grandes campanas de la torre, que forman los bajos. Esos seis bajos están armonizados entre sí, excepto el gran bajo, que está rajado y que pesa diez y ocho mil ochocientas libras. La más pequeña de esas campanas pesa tres mil cuatrocientas. El cilindro de latón del concierto pesa cinco mil cuatrocientas cuarenta y dos libras. Está atravesado por diez y seis mil ochocientos agujeros, de los que salen los picos que van á morder de segundo en segundo las fibras del concierto.

En determinados días, un hombre se sienta ante un teclado que vi allí, lo mismo que Didina se ponía al piano, y toca aquel instrumento. Figúrate un piano de cuatrocientos pies de altura que tiene la catedral entera por cola.

Yo admiro, desde que estoy en Flandes, la tenuidad y delicadeza de los mameles de piedra en que encajan las vidrieras de los ventanales. Esa catedral de Malinas tiene una verdadera camisa de blanda.

En Malinas pasa el ferrocarril. He ido á verlo. Había entre la muchedumbre un pobre cochero de berlina, picardo ó normando, el cual estaba contemplando lastimeramente como corrían los vagones, arrastrados por la máquina que humea y gime.— Esto va más de prisa que vuestros caballos, le dije.— ¡Gran milagro!, me respondió el hombre, *¡como que lo empuja el rayo!* La frase me pareció pintoresca y bella.

Además de los vagones, tienen aquí una especie de coche muy singular. Es una carretilla con un perro delante y una mujer detrás. El perro tira y la mujer empuja.

Permanezco siempre en el más riguroso incógnito, lo cual me gusta mucho. Acabo de leer en un diario belga que *M. Victor Hugo visita en este momento Rochefort.*

Pasado mañana estaré en Amberes y encontraré tus cartas. Tendré noticias de todos vosotros. Gran momento de gozo para mí. Hace dos días que me voy aguantando, pues estoy tocando á Amberes, y ardo en deseos de estar. Pero no quiero dejar nada detrás de mí. En Malinas hay dos Rubens admirables, y veré otros en Lier y en Turnhout. Te abrazo, Adela mía, así como á tu padre y á nuestros queridos niños. Os quiero á todos. Sigo cociéndome al sol.

No olvides que en adelante has de escribirme á Dunkerque, *lista de correos.*